



SEXO FUTURO

EL AMOR
EN EL SIGLO XXI

Emily Witt

Sin Fronteras

Sexo futuro

EMILY WITT

SEXO FUTURO

El amor en el siglo XXI

Traducción de
Mar Vidal



Para obtener este libro en formato digital escriba su nombre y apellido con bolígrafo o rotulador en la primera página. Tome luego una foto de esa página y envíela a <ebooks@linceediciones.com>. A vuelta de correo recibirá el e-book gratis. Si tiene alguna duda escríbanos a la misma dirección.

© Emily Witt, 2016
© Traducción: Mar Vidal
© Los libros del lince, S. L.
Gran Via de les Corts Catalanes, 657, entresuelo
08010 Barcelona
www.loslibrosdellince.com

Título original: *Future Sex*
ISBN: 978-84-15070-79-5
Depósito legal: B-1774-2017
Primera edición: marzo de 2017

Impresión: Novoprint
Maquetación: gama, sl
Imagen de cubierta: © Bernd Vogel/Corbis

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

A mis padres, Leonard y Diana Witt

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Expectativas | 11 |
| Citas por Internet | 23 |
| Meditación orgásmica | 47 |
| Porno en Internet. | 79 |
| Webcams en vivo. | 117 |
| Poliamor | 141 |
| El hombre en llamas | 181 |
| Anticonceptivos y reproducción | 199 |
| El sexo futuro | 211 |
| <i>Agradecimientos</i> | 221 |

EXPECTATIVAS

Era soltera, heterosexual y hembra. Al cumplir treinta años, en 2011, seguía visualizando mi experiencia sexual como algo que con el tiempo llegaría a un final, como un monorraíl de Disneylandia que se desliza hasta su última parada. Me apearía, me encontraría cara a cara con otro ser humano y nos quedaríamos allí, en nuestra estación permanente de la vida: el futuro.

No era soltera por elección, pero el amor es raro y muchas veces no correspondido. Sin amor no veía motivo alguno para tener un vínculo permanente con un lugar en particular. El amor determinaba la forma en que los humanos se ordenaban en el espacio. Como adhería a la gente a sus planes a largo plazo, las personas que me rodeaban lo consideraban una parada final, un hecho escatológico, un acontecimiento mesiánico. Mis amigos expresaban una fe religiosa en que un día me llegaría también a mí, como si el amor fuera algo que el universo nos debe a cada uno de nosotros, algo de lo que ningún ser humano puede escapar.

Yo había experimentado el amor, pero precisamente por eso era consciente del poco poder que tenía para instigarlo o para asegurar su duración. Aun así, seguía concibiendo el futuro como una culminación por defecto de mi vida sexual, como un destino más que como una elección. Esa visión era una joya suspendida en mi mente, una alhaja inmune a las tormentas de mi experiencia real: un punto de llegada cristalino. Pero yo sabía que no le ocurría a todo el mundo y, a medida que me hacía mayor, empecé a preocuparme de que a mí no me ocurriese.

Podía pasar un año o dos con novio, y luego otro año o dos sin. Entre novios, de vez en cuando me acostaba con amigos. Al cabo de unos cuantos años, muchos de mis amigos también se habían acostado entre ellos. Las atracciones empezaban y acababan de una manera flexible, implosionando ocasionalmente en exhibiciones de dolor o de locura temporal, pero por norma general de una manera apacible. Éramos almas revoloteando por el limbo, apilándonos las unas sobre las otras como hojas secas, a la espera de los violines, las trompetas y las campanas nupciales del escatón, el fin de los tiempos.

El lenguaje que utilizábamos para describir estas relaciones no contribuía precisamente a su definición. Su característica más destacada era que tenían lugar mientras te encontrabas solo, pero nadie estaba seguro de cómo debía llamar a este tipo de vínculos. *Enrollarse* daba a entender que nuestros encuentros no implicaban ni ceremonial ni cortesía. *Amantes* sonaba anticuado, y generalmente éramos amigos de las personas con las que nos acostábamos, por no decir «solo amigos». Normalmente llamábamos a lo que hacíamos *salir*, una palabra que podía aplicarse a todo, desde los rollos de una sola noche hasta las relaciones de varios años. La gente que salía era soltera, a menos que estuviera saliendo regularmente con alguien. *Soltero* también había perdido concreción: podía significar «no estar casado», como en una declaración de Hacienda, pero la gente no casada a veces tampoco era soltera, sino que «tenía una relación», una manera de referirse al compromiso provisional para el que no teníamos adjetivos simples. *Novio*, *novia* o *pareja* implicaba compromiso e intención, y por lo tanto solo servían en algunos casos. Un amigo me habló de una «no-ex» con la que había mantenido una «no-relación» durante un año.

Nuestras relaciones se habían transformado pero nuestro vocabulario no. Al hablar como si nada hubiera cambiado, las palabras que usábamos nos resultaban anacrónicas. Muchos de nosotros ansiábamos vivir una experiencia que pudiéramos nombrar, como si eso ofreciera algo mejor, en vez de, simple-

mente, algo más conocido. Algunos probábamos neologismos, aunque la mayoría los evitábamos. Estábamos aquí por accidente, no a propósito. Con independencia de lo que hiciéramos, ninguno de mis conocidos se refería a su situación como una «opción de vida». Nadie describía el hecho de ser soltero en Nueva York y mantener relaciones sexuales esporádicas con conocidos como una «identidad sexual». Yo pensaba en mi situación como en una etapa transitoria, algo que acabaría con la llegada del amor.

El año en que cumplí los treinta terminé una relación. Estaba muy triste, pero mi pena aburría a todo el mundo, incluso a mí misma. Como se trataba de un abatimiento que ya había experimentado antes, pensé que podría superarlo rápidamente. Salí con gente a la que conocí por Internet, pero me costaba excitarme con desconocidos. En vez de ello, me encontraba con amigos en fiestas, o en una parada de metro; hombres en los que había pensado antes. Aquel otoño e invierno me acosté con tres personas y besé a una o dos más. Me parecían cifras moderadas y razonables. A todas ellas las conocía desde hacía algún tiempo.

Me sentía más feliz en presencia de seres humanos sin mediación, pero había veces en las que un no-novio traía consigo un eco sombrío que se adueñaba de mi teléfono. Era un deseo sin esperanza de satisfacción, sin un objeto claro. Miraba fijamente las elipsis que ondeaban en la pantalla. Analizaba con espíritu forense las fotos de las redes sociales. Expresaba frivolidad mediante signos de exclamación, risas deletreadas y emoticonos. Postergaba mis respuestas de manera artificial. Ese postureo me empujaba a fingir que estaba muy ocupada, que no había visto el mensaje hasta entonces. Me fastidiaba que mi teléfono me hiciera cautiva de sus tópicos. Mis metas eran la serenidad y el buen humor. Iba a todas las fiestas de Navidad.

La comedia de que mis circunstancias me satisfacían duró desde el otoño hasta el nuevo año. Fue en marzo, con los árbo-

les todavía desnudos pero iniciando el deshielo, cuando un hombre me llamó para sugerirme que me hiciese las pruebas para ver si tenía una infección de transmisión sexual. Nos habíamos acostado hacía más o menos un mes, unos días antes de San Valentín. Yo estaba en un bar cerca de su casa, lo llamé y nos encontramos allí. Volvimos juntos a su apartamento recorriendo calles vacías. Desde entonces no había vuelto a pasar la noche en su casa ni a hablar con él.

Había notado algo raro y se había hecho la prueba, me dijo. Todavía no tenía los resultados del laboratorio, pero el médico sospechaba que tenía clamidia. Cuando nos acostamos, él estaba viendo a otra mujer que vivía en la Costa Oeste. Había ido a visitarla por San Valentín y ahora estaba muy enfadada con él y lo acusaba de traidor. Él se sentía como una mierda, como si hubieran castigado su transgresión moral con una enfermedad. Había estado leyendo el ensayo de Joan Didion *Sobre el amor propio*. Me reí —era su peor ensayo—, pero él hablaba en serio. Le dije lo único que podía decirle: que él no era una mala persona, que no éramos malas personas. Aquella noche había terminado, sin más complicaciones. No merecía tanta atención. Después de colgar me tumbé en el sofá y me quedé mirando las blancas paredes de mi apartamento. Tenía que mudarme pronto.

Pensé que la cosa acabaría con aquella llamada, pero luego recibí un correo de una amiga de la otra mujer donde me reprochaba mi conducta. «Me sorprende lo que hiciste —decía—. Sabías que se veía con alguien y no te importó.» Eso era verdad. No me había importado. Me había tomado su «estar viéndose con alguien» como algo que garantizaba la naturaleza limitada de nuestro encuentro, no como un test moral. «Te aconsejaría que examinaras lo que has hecho con un poco de frialdad y madurez», me escribía esa persona, que además me aconsejaba «dejar de fingir entusiasmo» y «plantearme seriamente las consecuencias reales y humanas de los actos de la vida real».

Al día siguiente, mientras aguardaba mi turno sentada en la abarrotada sala de espera de un centro sanitario público de Brook-

lyn, vi a una doctora aleccionando a un público cautivo y medio dormido sobre la mejor manera de ponerse un condón. A la luz del día, con mirada fría y madura, examiné lo que había hecho. La necesidad de contacto humano que experimenta una persona soltera no es algo que deba tomarse a la ligera. Rodeada por mis imperfectos conciudadanos, pensé que muchos de ellos probablemente también estaban allí por haber infringido algunas de las reglas de la conducta prudente. Pero como mínimo, quería pensar, la mayoría de las personas allí presentes sabían usar un condón.

La médica respondió con paciencia a las ocasionales burlas de su público. Dijo que «no» respetuosamente cuando una mujer joven le preguntó si un condón femenino se podía utilizar «en el culo». Después de su demostración, mientras seguíamos esperando, los monitores instalados en la pared repitieron en bucle vídeos sobre salud pública. Eran de los años noventa y representaban a gente con vidas tan desordenadas como la mía, aunque empeoradas por los vaqueros anticuados que llevaban. Aquellos seres imperfectos fruncían el ceño cuando aceptaban diagnósticos, admitían haber tenido aventuras y hacían llamadas de confesión con enormes teléfonos inalámbricos. Había hombres ligando entre ellos en bares escenificados, dos o tres extras que fingían conversar mientras tomaban chupitos, y música de fondo como para sugerir ambiente de fiesta, como ese tipo de porno que nunca llega a la escena de sexo. Luego reflexionaban sobre los acontecimientos en entrevistas-confesiones al estilo de los reality televisivos. Desde nuestras sillas, todas orientadas en la misma dirección, a la espera de nuestros frotis y extracciones sanguíneas, fuimos testigos de las consecuencias narrativas. (Uno de los tipos del bar gay tenía una novia en casa... y gonorrea. Lo vimos confesándole a su novia que se acostaba con hombres y que tenía gonorrea.) Los vídeos no proponían relaciones largas y comprometidas como una condición necesaria de la vida adulta, sino sinceridad. No recriminaban. El ayuntamiento de Nueva York tenía una visión tecnocrática de la sexualidad.

El gobierno federal tenía expectativas distintas. Posteriormente a la llamada, yo había buscado «clamidia» en Google, lo que me llevó a la web de Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades. En ella, el gobierno sugería que la mejor manera de evitar la clamidia era «abstenerse de practicar sexo vaginal, anal y oral, o mantener una relación a largo plazo mutuamente monógama con una pareja que se hubiera sometido a pruebas médicas y de la que supiéramos que no está infectada». Es decir, una fantasía más allá de cualquier interpretación; dos montañas sin un puente que las conectara. La sugerencia de la abstinencia venía acompañada de la advertencia —más realista— de usar condón. Yo acostumbraba a usarlos, pero aquella vez no lo había hecho, de modo que ahora tomaba antibióticos. Cuando me llegaron los resultados unos días después de mi visita a la clínica de Brooklyn, resultó que no tenía clamidia. Ninguno de los dos tenía clamidia.

Como el gobierno federal, yo no deseaba nada más que «una relación a largo plazo mutuamente monógama con una pareja que se hubiera sometido a pruebas médicas y de la que supiera que no está infectada». La había deseado durante mucho tiempo, pero no había llegado. ¿Quién sabe si sucedería alguna vez? De momento, yo era una persona en el mundo, una persona que tenía relaciones sexuales que no era capaz de describir con palabras y que obviaban mis ideales morales. La aprensión se instaló en mí: que este era mi futuro.

Un lunes de abril de 2012 estaba en una cola del aeropuerto JFK de Nueva York a punto de embarcar hacia San Francisco. Delante tenía a un canoso hombre de negocios de la Costa Oeste. Su tez presentaba el brillo exfoliado y curtido de los muy saludables; sus gafas eran de polímero de última generación y llevaba unos vaqueros oscuros. Calzaba esos zapatos de etilvinilacetato reciclado que, según dicen, nunca huelen mal. Su abrigo de lana tenía un grosor y una calidad extraordinarios, con una capa ex-

terna flexible de esas que no se deforman. Parecía el tipo de hombre que se declara minimalista y dice que todo lo que compra ha sido seleccionado por su extraordinaria calidad artesanal y por la belleza de su diseño. Pero la bolsa del ordenador del madurito interesante era un artículo barato con redecillas y hebillas y el logo de Google estampado.

La persona que estaba delante de él llevaba una camiseta con un logotipo de Google donde Epi y Blas ocupaban el lugar de las dos oes. A su lado había una mochila de Google.

Hasta que me marché de San Francisco, Google no desapareció. Bordado en bolsillos frontales, ilustrado con motivos de ciudades estadounidenses, grabado en cantimploras de acero inoxidable, en forros polares, en gorras de béisbol, aunque no en los autobuses privados que transportaban a los trabajadores a su campus de Mountain View, donde comían bayas de goji en su sala de descanso y se paseaban envueltos, como sacerdotes, en capas de Google, con tocas de Google y mitras de Google, orientándose con Google Maps, buscando a desconocidos por Google y chateando con sus amigos a través de Google, como yo hacía con los míos docenas de veces al día, lo cual provocaba que la recurrencia del logo diera una sensación de burla monopolista.

Durante mi primer día en la ciudad me senté en un soleado café de Mission, pedí un capuchino y leí un ejemplar del *San Francisco Chronicle* que descansaba de forma un poco anticuada sobre el mostrador. En la portada se informaba de la masacre que se había producido en una universidad cristiana de Oakland y, más abajo, de las medidas federales sobre la marihuana para uso medicinal. Oí a alguien que hablaba de su almuerzo en el Googleplex. «Pilaf de quinoa y arándanos», apunté. Y luego «coregasmos». Porque este era el siguiente tema de conversación: mujeres que tienen orgasmos espontáneos mientras hacen yoga. La camarera hablaba de lo fantástico que era que se empezara a prestar atención a este tema porque los coregasmos eran algo que muchas mujeres experimentaban y temían comentar. Esos tiempos se habían terminado.

Los habitantes de San Francisco fueron famosos antaño por su oposición al desodorante y los excesos depilativos. De vez en cuando, al pasar frente a albañiles gais y tiendas de vibradores, recordaba que este era el lugar donde Harvey Milk había sido elegido (y asesinado), donde las saunas habían triunfado (y se habían cerrado). Pero la mayor parte del tiempo solo advertía que la gente de San Francisco parecía estar untada con ungüentos y bálsamos botánicos, pulida con sales y perfumada con los aromas terapéuticos vendidos en las tiendas de Valencia Street. El aire olía a cera de abeja, lavanda y verbena —cuando no a alcantarilla—, y las aceras de Mission brillaban los días soleados. La comida era exquisita. Había un lugar en Hayes Valley donde hacían helado de nitrógeno líquido por encargo; allí contemplé cómo se creaba mi helado bajo presión con un estallido de vapor y un silbido neumático. Y ese milagro ocurría mientras el mundo seguía evolucionando a toda velocidad: más con tazones de Google guardaban cola pacientemente hablando sobre asesores de lactancia. Online, la gente había desviado su temor a pecar con los coregasmos hacia la batalla contra el azúcar y la harina. «La miel ecológica, el ghee de producción local y el pan de semillas de chía apaciguan mi deseo de gluten —anunciaba una compañera de universidad en las redes sociales—. Gracias a Dios que existen las semillas ancestrales.»

De noche estaba sola. Caminaba oyendo los sermones en español que salían de iglesias instaladas en antiguos locales comerciales y el rumor electrónico del tren BART más abajo. La ciudad era un mundo de ensueño con pantallas relucientes y fetichismo analógico, de sex shops y frutas exóticas. En autobuses o esquinas escuchaba discursos demenciales pronunciados por paranoicos que relacionaban las viejas conspiraciones con la tecnología moderna. Yo misma empecé a ver conspiraciones. Iba por las lustrosas aceras de Mission y observaba su parecido con mi chispeante colorete en su polvera de maquillaje. «Esta acera parece un superorgasmo», pensaba (Super Orgasm es el nom-

bre de mi colorete). El cosmético jugueteaba con las actitudes sexuales contemporáneas: «para él y para ella» decía el adhesivo que había en el dorso de mi base de maquillaje sin parabenos, como si todas nuestras vidas estuvieran llenas de espontaneidad y aventura, no de conformidad y castigo. Corrí hasta el Golden Gate Park, donde enormes rapaces miraban con avidez a los resplandecientes perros salchicha. Pasaban manadas de ciclistas ataviados con camisetas de Google.

El concepto de amor libre contaba con una larga tradición: experimentos en comunas, profetas de ojos desorbitados, herejes encarcelados... El amor libre había significado el derecho a tener relaciones sexuales sin procrear o antes del matrimonio, incluso el derecho a no casarse. Significaba libertad de expresión sexual para las mujeres y los gais, libertad para amar sin barreras raciales, religiosas o de género. En el siglo xx, los idealistas posfreudianos creyeron que el amor libre daría lugar a una nueva manera de hacer política, incluso al final de la guerra, y cuando yo oía la expresión «amor libre» pensaba irremediamente en 1967, en jóvenes escuchando acid rock en este parque.

Para la ciencia ficción, el amor libre era el futuro. El nuevo milenio prometía la exploración del espacio, una contracepción infalible, prostitutas biónicas y una sexualidad sin restricciones. Pero el futuro ya había llegado junto con muchas nuevas libertades, y el amor libre, como ideal, había pasado de moda. Éramos libres de tener coregasmos, pero los hippies habían sido ingenuos: la ciencia ficción no era real. La expansión de la sexualidad fuera del matrimonio trajo nuevos motivos para creer en los controles tradicionales, motivos como el VIH, los límites cronológicos de la fertilidad, la fragilidad de los sentimientos. Me conformaba con la libertad como estado provisional, mas mi plan era un destino monógamo. Mi percepción de que eso era lo correcto, después de los experimentos fracasados de generaciones anteriores, era como la reconstrucción de un monumento nacional barroco que hubiera sido destruido por una bomba. Me daba cuenta de que me resultaba familiar pero de que no era un suce-

dáneo, que había llegado otro tipo de libertad: un cursor parpadeante en un espacio vacío.

La amable insipidez de la interfaz de Google daba su bendición a las palabras que pasaban por su filtro. En Google, todas las palabras habían sido creadas iguales, como también eran iguales todas las maneras en las que uno elegía vivir su vida. Google difuminaba la distinción entre lo normal y lo anormal. Las respuestas que recogían sus algoritmos aseguraban a cada persona la presencia de los que pensaban como ella: nadie debe estar solo con sus deseos aberrantes, y ningún deseo es aberrante. La única expectativa sexual que quedaba para conformarse a ella era que el amor nos guiaría hasta la vida que queremos vivir.

¿Y si el amor nos fallaba? Ahora la libertad sexual se había ampliado hasta las personas que nunca habían querido desprenderse de las viejas instituciones, aunque, por supuesto, se mostraban solidarias con quienes sí querían hacerlo. Yo no había buscado tantas opciones para mí misma, y cuando me encontré con una libertad sexual completa me sentí infeliz.

Decidí visitar San Francisco aquella primavera porque mis deseos y mi realidad se habían distanciado más allá del punto de reconciliación. Quería visualizar un futuro distinto, en consonancia con la libertad de mi presente, y en aquellos años San Francisco era donde se determinaría el futuro, o al menos era la ciudad que Estados Unidos había designado para las personas que todavía creían en el amor libre. Estas pretendían desvincular la familia de una base sexual formada por dos personas. Creían en comunidades voluntarias que pudieran trastornar la tradición monógama heterosexual. Daban nombre a sus opciones y concebían sus acciones como movimientos sociales. Veían en las nuevas tecnologías la oportunidad de remodelar la sociedad, incluyendo las ideas sobre sexualidad. Entendí que la manera de centrarse en la intención de los habitantes de San Francisco marcaba la diferencia entre mi pesimismo y su optimismo. Cuando tu vida no se ajusta a una idea, y este desajuste te hace sentir mal, desechar dicha idea te puede hacer sentir mejor.

Podría haber encontrado estas comunidades en Nueva York o en casi cualquier otra ciudad estadounidense —no sería la primera persona en poner California como excusa—, pero utilicé la Costa Oeste y el periodismo como coartadas y empecé a contemplar mis opciones. Finalmente llegué al punto en que me atemorizaba la idea de no haber examinado todas las posibilidades. Ahora bien, si al principio de mi treintena el futuro me hubiera alcanzado como siempre lo había imaginado, habría abandonado mi indagación. Habría abrazado el proyecto de ser esposa, monógama y madre, y lo hubiera convertido en contenido digital como un triunfo colectivo. Cuando empecé a explorar las posibilidades del amor libre, todavía esperaba en parte que el destino viniera a mi encuentro, que en medio de toda la incertidumbre habría una rampa de salida para regresar a todas las expectativas confortables y a todos los nombres reconocibles.

Era muy poco sincera. «Pero ¿cuál era tu itinerario personal?», preguntarían los librepensadores, y más tarde yo bromearía sobre ello con mis amigos.